

LA APERTURA EN COLOMBIA

**Síntesis basada en los análisis
de Eduardo Sarmiento**

Mario Arrubla



LA APERTURA EN COLOMBIA / Mario Arrubla
(Seudónimo: Pedro López-Hilario)
Síntesis basada en los análisis de Eduardo Sarmiento

Este artículo apareció en la revista Al Margen No. 10, junio 2004.



© 2021, I.A. EDITOR, USA
Todos los derechos reservados

La apertura en Colombia

Síntesis basada en los análisis
de Eduardo Sarmiento



El presente texto se apoya estrechamente en los análisis de Eduardo Sarmiento Palacio, especialmente en su libro *Apertura y crecimiento económico* (Tercer Mundo Editores y otros, Bogotá, 1996). De acuerdo con la obra de referencia, nos centramos en los primeros cinco años de la apertura –1991-1996–, con breves anotaciones sobre desarrollos ulteriores. La composición, las simplificaciones y aclaraciones conceptuales, muchos comentarios y juicios nos pertenecen, cosa que importa puntualizar para que nuestros errores eventuales y nuestras opiniones más controversiales no vayan a ser atribuidos a E. Sarmiento. Ampliamente parafraseamos, por lo demás, a este autor, y a veces incluso usamos sin comillas proposiciones suyas. El texto que presentamos –informal, hecho para lectores sin conocimientos de economía– mezcla así un esfuerzo de síntesis de las ideas de E. Sarmiento con agregados nuestros de toda índole. El lector que quiera precisar asuntos de atribución no tiene más que acudir a la lectura de E. Sarmiento, provechosa sobre el tema como ninguna otra.

CARACTERÍSTICAS Y EFECTOS DE LA APERTURA

Los resultados de la apertura sorprendieron desde un principio a sus promotores. La liberalización del comercio, que suprimió las restricciones a la entrada de productos extranjeros y redujo fuertemente los impuestos a las importaciones (aranceles), hizo que éstas se desbordaran, desplazando a los sectores de la economía que incorporan más trabajo nacional, o sea, aquellos que añaden más valor a los recursos empleados en los procesos productivos (valor agregado). Esos sectores son la industria y la agricultura. La apertura tuvo un efecto estructural regresivo: de una parte, la economía se contrajo por el lado de dichos sectores; de otra parte, se expandieron las actividades que en sus procesos productivos utilizan una elevada proporción de materias primas y bienes intermedios de origen extranjero. Gracias al abaratamiento de los productos importados, estas últimas actividades vieron reducidos sus costos de producción. Este estímulo propició al comienzo la elevación de la tasa de crecimiento, pero los incrementos de producción logrados por esa vía encontraron muy pronto una barrera por el lado de la demanda. En efecto, los productos del ensamblaje, cuyo valor depende en su mayor parte del uso de bienes intermedios importados, no pueden competir en los mercados internacionales con la producción de las corporaciones extranjeras que les venden las piezas a ensamblar. Las industrias nacionales que emplean una alta proporción de bienes importados están por lo general reducidas al mercado interno. Ya se dijo cómo la apertura afectó negativamente a la industria y la agricultura, los dos sectores que más agregan valor y crean empleo. El mercado interno, consiguientemente, resultó afectado en sus dimensiones. De esa manera, el impulso que actividades como el ensamblaje recibieron de la apertura fue contrarrestado por los efectos contractivos que tuvo sobre el mercado la depresión de la industria y la agricultura.

Las importaciones masivas de medios de producción y de bienes de consumo extranjeros ocasionaron un fuerte déficit de comercio exterior, que fue financiado con capitales extranjeros. El libre flujo de esos capitales fue establecido por la libertad de cambios, que vino a añadirse a la libertad de comercio. Para que los capitales extranjeros acudieran a financiar el déficit comercial les fueron ofrecidos altos rendimientos, y con este fin las autoridades monetarias propiciaron un aumento del tipo de interés.

Así pues, el déficit de comercio exterior determinó una fuerte demanda de capitales extranjeros y presionó al alza el tipo de interés, por lo que, en este punto, las autoridades monetarias, y también las entidades bancarias

favorecidas por la libertad financiera, no hicieron otra cosa que seguir las tendencias objetivas marcadas por la lógica de la apertura. Las altas tasas de interés iban a afectar a la industria y la agricultura, haciéndolas todavía menos competitivas frente a las importaciones.

La burbuja

La entrada de capitales extranjeros, determinada por el déficit comercial y propiciada por la elevación de la tasa de interés, amplió las fuentes del crédito y facilitó el acceso a éste. Como la libertad de comercio y las altas tasas de interés deprimieron los principales sectores productivos, los nuevos recursos de crédito no se emplearon de preferencia en la producción sino que inflaron los consumos. Dos fenómenos coincidieron entonces: el deterioro de la producción y la euforia consumista.

Resumiendo los procesos descritos hasta aquí, la apertura comercial y las altas tasas de interés desplazaron la industria y la agricultura, que eran las dos actividades que más agregaban valor y creaban puestos de trabajo. Las importaciones masivas provocaron además un déficit comercial creciente. Las actividades favorecidas por la apertura, antes que aliviar ese déficit, lo agravaban, pues requerían importaciones y no podían exportar. El endeudamiento era tanto más grave cuanto que los fondos adquiridos no se destinaban a la producción sino al consumo, lo que debilitaba la economía y obscurecía las perspectivas de amortización de la deuda. Estos desarrollos fueron especialmente acentuados en los países más importantes de América Latina.

El aumento de los consumos produjo una ola de prosperidad que dio popularidad a las liberalizaciones. Cuanto más radicales fueron éstas —caso Argentina—, mayores fueron la prosperidad y la euforia consumista. Pero la duración del auge dependía de los capitales extranjeros que venían a compensar el retraso de la producción nacional frente al consumo desbordado, o sea, que disimulaban el desequilibrio estructural de la economía. La expansión de la demanda y el crecimiento económico de los primeros años de la apertura eran una burbuja destinada a estallar con el primer pinchazo, vale decir, en el momento en que los financistas extranjeros perdieran la confianza en la capacidad de pago de la economías endeudadas. La suerte de los países pendía así de la confianza de los centros financieros internacionales, principalmente de Wall Street, así como del Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial, estos dos últimos controlados por la Tesorería estadounidense. Los mercados financieros son muy sensibles: fácilmente sufren accesos de

nerviosismo. Ni siquiera es necesario que determinada economía dé muestras ostensibles de debilidad: la suspensión de pagos en alguna región lejana, al otro lado del mundo, puede ser causa suficiente para que retiren de este lado sus capitales y traigan la crisis.

El funcionamiento del modelo aperturista depende de la afluencia continua y progresiva de recursos de crédito externos, condición que no está garantizada a mediano plazo, tanto menos cuanto que la economía real —que en los países rezagados tiene como pilares la industria tradicional y la agricultura— sufre bajo ese modelo un fuerte deterioro.

En todas partes donde fueron aplicadas, las medidas liberalizadoras tuvieron las mismas características y surtieron los mismos efectos. La entrada masiva de productos y capitales hizo descender el nivel general de precios y frenó la inflación. En este punto, Argentina representó el mayor éxito del neoliberalismo —y el costo que iba a pagar sobrepasó con exceso los beneficios de la primera fase. En todas partes, las importaciones incrementadas y los bienes de producción abaratados impulsaron en un primer momento el crecimiento. Pero la perspectiva abierta fue siempre la misma: cuando el déficit comercial no pueda seguir siendo financiado con endeudamiento externo, o sea, cuando los financistas extranjeros consideren con aprensión la situación del país o se vean obligados, por causas ajenas a éste, a reclamar el reembolso de sus créditos, se revelarán en toda su magnitud los daños hechos a la economía. Las medidas de reajuste, con sus graves efectos sociales, serán entonces inevitables.

Necesidad del reajuste

El aumento de los consumos propiciado por los créditos extranjeros y por la profusión y abaratamiento de los productos importados ocasionó una caída del ahorro, o sea, una reducción de la parte del ingreso nacional que no es gastada en consumo corriente. Este efecto de descapitalización significa un debilitamiento de las fuentes que alimentan la inversión productiva. Como se dijo, la carga de la deuda extranjera, la necesidad permanente de adquirir nuevos préstamos para atender los pagos por intereses y amortizaciones, mantienen las economías al borde de la crisis ya que las hacen depender estrechamente de factores externos a menudo caprichosos e imprevisibles —para no hablar del poder de presión que adquieren los acreedores en todos los órdenes, un poder de presión que convierte la soberanía en una burla. Cuando los mercados financieros manifiestan su desconfianza, concretamente

cuando los financistas norteamericanos califican mal a un país haciendo que los intereses por nuevos préstamos se disparen a niveles prohibitivos, cesa la fase de auge de la reforma y el reajuste se hace ineludible. Para evitar una resolución instantánea y catastrófica, las opciones se reducen a dos: o se devalúa drásticamente la moneda o se procede a contraer el aparato productivo. La devaluación encarece, de un lado, las importaciones, y de esa manera las desalienta; de otro lado, estimula las exportaciones —el ingreso en moneda nacional por unidad exportada va a aumentar y los exportadores incluso van a poder ampliar sus mercados rebajando los precios de sus productos en moneda extranjera. El desestímulo de las importaciones y el estímulo a las exportaciones procurados por la devaluación tienen pues por objetivo equilibrar la balanza comercial y reducir de esa manera la deuda externa. La otra opción, que es la contracción de la economía, con la consiguiente depresión del aparato productivo, reduce las importaciones de materias primas y productos intermedios. Después de hecho el reajuste por una u otra vía, la economía vuelve a operar con tasas de crecimiento muy inferiores a las que prevalecían antes de la apertura.

Por cualquiera de estas alternativas —la devaluación o la contracción de la economía—, el costo del reajuste recae sobre las clases trabajadoras. La devaluación encarece los productos importados, hace subir el nivel general de precios y castiga por este sesgo el salario real. El estímulo a las exportaciones, con precios en dólares a menudos reducidos, y su exceso sobre las importaciones, significa por lo regular la baja del salario real: al salir más bienes que los que entran se reduce la masa de productos disponibles para el gasto, y esa reducción recaerá de preferencia sobre el fondo salarial, o sea, sobre la parte del producto global que es dejada para el consumo de las clases trabajadoras. La segunda vía —la contracción de la producción— dispara el desempleo.

Liberalización y crecimiento

Los resultados de la apertura desvirtúan la creencia de que el crecimiento es asegurado por la libertad de los mercados. Por ésta se entiende la no intervención del Estado en la economía, la libre circulación de productos y de capitales y el libre funcionamiento del mercado de trabajo, sin regulaciones estatales. Pero el mercado por sí mismo no asegura el crecimiento —y todavía menos un nivel de equidad que sea garantía contra una fractura social. El crecimiento depende fundamentalmente del ahorro —las rentas que son capitalizadas, no gastadas en consumo— y de la tecnología. El juego libre

de las fuerzas del mercado no moviliza los capitales y la tecnología hacia los sectores más capaces de liderar el desarrollo.

Los tres ejes del programa neoliberal fueron la libertad comercial, la libertad de cambios y la libertad financiera. Por la libertad comercial se suprimieron las trabas a las importaciones y se redujeron fuertemente los aranceles. Por la libertad de cambios se permitió el libre flujo de capitales a través de las fronteras, libertad que fue aprovechada en buena medida por los capitales especulativos. Y por la libertad financiera se eliminaron las regulaciones destinadas a encauzar el crédito con un criterio de conveniencia económica general, lo que permitió a bancos y corporaciones financieras manejar sus recursos con el solo criterio de la rentabilidad inmediata. Esas tres liberalizaciones confluyeron en un mismo resultado: la depresión de la industria y la agricultura, que son los sectores más aptos para impulsar el crecimiento. Al contrario de lo que pretende la ciencia económica ortodoxa, en economías como la colombiana el crecimiento depende estrechamente de la intervención del Estado.

Apertura y productividad

Los reformadores neoliberales partían de la base de que la libre competencia internacional propiciaría un aumento de la productividad (cantidad producida en relación con los recursos empleados, especialmente con la mano de obra). Pero los aumentos de productividad contabilizados en los primeros años de la apertura no obedecieron ni a un mayor uso de bienes de capital por trabajador ni a avances tecnológicos sino que reflejaban los costos de producción aminorados por el abaratamiento de las materias primas y los bienes intermedios importados. Las actividades que se beneficiaron con esos aumentos de productividad fueron las de ensamble y otras que producen para el mercado interno. La mayor productividad conseguida por actividades como el ensamblaje no se propagó a otros sectores, o sea, no determinó una elevación del nivel de productividad del conjunto de la economía, como habría sido el caso si los aumentos de productividad hubieran obedecido a adelantos tecnológicos o a un mayor uso de capital por trabajador.

Crecimiento e intervención estatal

Se da por hecho que, en países de desarrollo bajo o intermedio como los latinoamericanos (que en economía son llamados en desarrollo, aunque

todavía se encuentren donde estaban hace veinte años), los subsectores que gozan de mejores condiciones son la elaboración de productos básicos, la construcción, los servicios y las industrias de ensamble. Se trata de actividades que escapan a la competencia de las importaciones o que están en mejor posición para resistirla. Pero, por otra parte, son actividades en su mayoría circunscritas al mercado interno y que tienen por tanto una demanda limitada. Con la industria y la agricultura sumidas en la depresión por la apertura y con el efecto negativo de esa depresión sobre el mercado interno, los subsectores arriba mencionadas, que se supone gozan de las mejores condiciones, sólo pueden encontrar una demanda que les permita expandirse cuando la economía cuenta con créditos suficientes para financiar el déficit. Los fondos extranjeros que vienen a cubrir ese déficit son imprescindibles para asegurar a capitalistas y trabajadores un ingreso global que pague el valor de la producción más el excedente de las importaciones sobre las exportaciones.

Actividades como la construcción, los servicios y el ensamblaje no generan exportaciones ni por tanto divisas, pero incorporan importaciones en sus procesos productivos, por lo que tienen un efecto deficitario en la balanza de comercio exterior. De otra parte, los aumentos de productividad registrados en las actividades que producen exclusivamente para el mercado interno van a encontrar barreras por el lado de la demanda, lo que les impide liderar un crecimiento económico continuado o, como dicen los economistas del Fondo, un desarrollo sostenible. Sería necesario que el Estado adoptara una política económica que fomente las industrias con demanda, o sea aquellas que sean capaces de exportar o de sustituir importaciones. Una política estatal orientada en ese sentido lograría el cometido estratégico que el mercado por sí solo está lejos de procurar: una asignación eficiente de los recursos —tierra, capital, trabajo—, a fin de lograr una expansión que no se limite a las industrias directamente fomentadas sino que se propague al resto de la economía. Ello, por supuesto, implica el ejercicio por parte del Estado de las funciones reguladoras de que los neoliberales lo han privado.

Consumo capitalista y descapitalización nacional

Dentro de las condiciones en que opera la economía colombiana existen sesgos que reducen la participación del trabajo en el producto nacional. Hasta el año 1984, cuando empezaron a sentirse los efectos de las primeras medidas liberacionistas, se evitó el deterioro de la distribución del ingreso mediante

la intervención del Estado. La libertad financiera, por la que el Estado dejó de orientar el crédito de manera forzosa hacia las actividades productivas, determinó una desviación de las rentas de capital hacia el consumo. De esta manera, la economía registró una caída del ahorro global. Con la disminución de los fondos disponibles para inversión se redujo la oferta de crédito y aumentó la tasa de interés. Las elevadas tasas de interés existentes en los ochenta significaron mayores ganancias para los financistas, y por esta vía un mayor ingreso promedio para el conjunto de los capitalistas. Estamos aquí ante un proceso claramente vicioso: el debilitamiento de las regulaciones financieras condujo a un mayor consumo por parte de los capitalistas, lo que redujo el ahorro nacional y los fondos ofrecidos en préstamo, lo que aumentó el tipo de interés y favoreció a los grupos financieros, lo que significó una vez más el aumento del ingreso de las clases capitalistas, que ahora podían gastar más en consumo, reimpulsando así el círculo bajo los signos de la descapitalización y la falta de recursos de crédito para la producción. Este proceso se aceleró con la reforma de los años noventa, que abrió el país a las importaciones y estableció la libertad de capitales. En las condiciones en que se realizó la apertura, los capitales que acudieron atraídos por los altos intereses favorecieron en escasa medida la inversión productiva; de manera primordial, esos capitales contribuyeron a desviar hacia el consumo rentas que habrían podido ser capitalizadas y engrosar el ahorro. Entre 1990 y 1994, la tasa de ahorro se desplomó, ocasionando una aguda escasez de fondos para la inversión productiva directa y también para ser prestados con fines de producción.

Participación del trabajo en el ingreso

La libertad de comercio, o libre entrada de toda clase de productos con mínimas cargas impositivas, creó fuertes sesgos contra el salario y el empleo. Concretamente, en el sector agrario se produjo una baja del salario real y en el sector urbano una caída del empleo. La agricultura trató de resistir el impacto de la competencia extranjera reduciendo el ingreso de los trabajadores del campo, mientras que la industria manufacturera simplemente se contrajo, con graves efectos sobre el empleo.

En todas partes donde se han eliminando las regulaciones estatales y se ha favorecido el libre juego de las fuerzas del mercado, la participación del trabajo en el producto nacional ha sufrido una caída. Esto es válido tanto para los países atrasados como para los más avanzados. En los últimos veinte

años, la economía norteamericana ha registrado una reducción continua de las rentas de trabajo en relación con el ingreso nacional. El ensanchamiento de la brecha social ha sido mucho mayor en los países en desarrollo, donde los gobernantes neoliberales realizaron una apertura abrupta y unilateral. En las condiciones así creadas, la participación de la población trabajadora en la renta nacional se ha reducido por la doble vía de la baja del salario real y del desempleo. Los beneficios del crecimiento, donde los hay, se concentran en el 3% más rico de la población.

Necesidad de la intervención estatal

La tendencia regresiva de la distribución del ingreso sólo puede frenarse restaurando la intervención del Estado en la economía. En el área financiera, sería preciso introducir mecanismos de ahorro forzoso y regulaciones crediticias que encaucen la inversión hacia actividades seleccionadas con un criterio estratégico. En el área del comercio exterior, habría que implantar un sistema selectivo de aranceles que corrija los efectos dañinos del comercio exterior sobre el salario y el empleo. Finalmente, la política económica tendría que contemplar medidas tendientes al fortalecimiento de las pequeñas y medianas industrias, que tienen un importante efecto sobre el empleo. No se trata de convertir al Estado en un agente que penetre en todas las áreas económicas, en ese monstruo contra el que nos alertan los liberacionistas de todas las especies, empezando por los halcones del Partido Republicano. De lo que se trata es de aceptar la función del Estado como un órgano para alcanzar objetivos de amplia aceptación social, objetivos que ni siquiera en los países desarrollados pueden ser logrados por el libre juego de las fuerzas del mercado. El Estado debe propiciar un crecimiento fundado en el conocimiento y la tecnología, y una distribución del ingreso con un criterio mínimo de equidad. El tipo de Estado que aquí se promueve no es una alternativa frente al mercado sino un correctivo a las fallas de éste, fallas que son especialmente graves en los países en desarrollo.

LA APERTURA DESPUÉS DE CINCO AÑOS

La reforma neoliberal que se precipitó en Colombia en 1991 tuvo como eje central una ambiciosa apertura de conformidad con los postulados de la ortodoxia económica: se dio vía libre a las importaciones, con bajos aranceles; se permitió que los capitales entraran y salieran libremente; y se autorizó el

libre cambio de monedas. El propósito manifiesto de los reformadores era insertar la economía colombiana en los mercados internacionales, modernizar el aparato productivo mediante el aguijón de la competencia extranjera, y acelerar el crecimiento. Los resultados fueron muy distintos a los anunciados. Ello era previsible, dado que la competencia extranjera que –se decía– iba a espolpear a las empresas nacionales no fue introducida gradualmente, de modo que se permitiera a esas empresas mantenerse, haciendo un esfuerzo de modernización progresiva. No se concedió a las empresas nacionales un plazo para prepararse ni se favoreció un proceso de reconversión. Más aún, la liberación comercial no fue el resultado de acuerdos negociados que consultaran las condiciones de las economías involucradas en los intercambios. La apertura tuvo su verdadero resorte en los organismos financieros del capitalismo norteamericano, que la impusieron en el continente de manera abrupta gracias a los buenos oficios de políticos y economistas dispuestos, convenientemente, a recibir y presentar como ideas las demandas de los centros de poder. La apertura comercial corrió por cuenta de los países débiles, mientras que los países ricos mantuvieron protegidas con subsidios las actividades económicas que social o políticamente consideraban neurálgicas. Las producciones que, en países como el nuestro, gozarían de ventajas comparativas –las llamadas, por lo tanto, a generar con exportaciones las divisas necesarias para compensar la avalancha importadora–, resultaron incapaces de competir en los mercados internacionales con los productos subsidiados de los países ricos. En tales condiciones, la apertura indiscriminada y unilateral tenía que afectar en forma negativa tanto la industria y la agricultura como la balanza de comercio exterior. Por el daño hecho a los sectores productivos y por el déficit comercial creado, el crecimiento inducido al principio por las importaciones de bajo precio y por la entrada de capitales no era un crecimiento sostenible sino una prosperidad artificiosa y necesariamente pasajera, o sea lo que en economía se llama una burbuja.

Reforma comercial

En los primeros meses de la administración Gaviria se eliminaron las restricciones a las importaciones, tanto en lo que respecta al tipo de productos como a cantidades, y se inició la rebaja de los aranceles. Poco después, de manera drástica, se desmontaron los mecanismos que protegían la producción nacional frente a la competencia extranjera. La reducción de aranceles fue especialmente acentuada en los renglones de materias primas y de bienes

intermedios, creando, como se dijo, un fuerte estímulo para las actividades que utilizan en gran medida esos bienes y que generan, por lo tanto, menos valor y menos empleos. De manera contraria, se discriminó contra las ramas de la producción nacional que arrojan más valor agregado, que aumentan el empleo y que favorecen la incorporación tecnológica. Las actividades favorecidas, como se explicó atrás, agravaron el déficit comercial más bien que aliviarlo.

Los reformadores no entendieron que estos efectos debían ser contrarrestados con un dólar más caro que desalentara las importaciones y estimulara las exportaciones, de manera que los intercambios con el exterior resultaran menos desequilibrados. En lugar de encarecer el dólar (elevar el tipo de cambio) se dio vía libre a los mecanismos que actuaban en el sentido de la revaluación del peso. La entrada de fondos extranjeros y el consiguiente exceso de oferta monetaria favorecieron el aumento del gasto por encima del producto nacional. Tal fue, por lo demás, la política general en América Latina: dejar que se ensanchara el déficit comercial y financiar ese déficit con capitales extranjeros.

Ajustes preventivos

El clima de prosperidad que se respiró en los primeros años de la apertura no tenía por soporte una fortaleza real. La reforma neoliberal permitió que los países vivieran por encima de sus medios, que gastaran más de lo que producían. La prolongación del auge dependía de la inyección de fondos extranjeros continuados y progresivos, un riesgo a que ninguna sociedad debería ser expuesta. En esa situación, un colapso (como el sufrido por Argentina) sólo podía prevenirse de dos maneras. La primera es la devaluación, con lo que se estimulan las exportaciones y se desalientan las importaciones. En términos económicos reales ello significa que aumenta la parte de la producción nacional que se envía al exterior a la vez que se reduce la masa de productos que ingresan, obteniéndose por resultado una masa menor de productos disponibles y por lo tanto un menor gasto global. La reducción del gasto se traduce preferentemente en la reducción de la capacidad adquisitiva de los trabajadores, o sea en un menor salario real. La segunda manera de prevenir que el exceso de lo gastado sobre lo producido conduzca al colapso es la contracción económica o sea, la entrada en funcionamiento de mecanismos recesivos que depriman la producción (como ocurrió en Colombia —aunque después, aquí, se iba a apelar también al proceso devaluacionista).

La contracción de la producción reduce las importaciones de materias primas y productos intermedios, y con ello las presiones sobre la balanza comercial. De otro lado, la contracción dispara el desempleo y reduce el ingreso del conjunto de las clases trabajadoras. Por las vías de la devaluación y de la contracción económica los trabajadores pagan los ajustes preventivos con que se trata de evitar el colapso.

Cambio de la estructura industrial

Con la crisis en que se sumieron la industria y la agricultura ante la competencia de los productos extranjeros libremente importados, escasamente gravados y, por añadidura, abaratados en el mercado nacional por la revaluación del peso, los recursos de capital, tierra y trabajo, no se utilizaron con mayor eficiencia, como prometían los librecambistas, sino que se orientaron de preferencia hacia actividades de alto contenido importado. Los recursos fluyeron hacia actividades no transables, cuyos productos ni se exportan ni son competidos en el mercado interno por importaciones, esto gracias a condiciones de índole natural o dificultades de transporte. Tal fue el caso de las actividades que producen insumos para la construcción. Por el contrario, los síntomas de deterioro empresarial han sido notables en textiles, hierro, cuero y papel, sectores donde se ha presentado el mayor número de concordatos y cierres de industrias.

Se crearon condiciones económicas que discriminan contra las exportaciones y contra la sustitución de importaciones. En los primeros cuatro años de apertura el déficit comercial del país pasó de 770 a 3.460 millones de dólares.

La apertura en la agricultura

La extensión de la apertura a la agricultura se justificó con la tesis de que este sector gozaba de ventajas comparativas. Se dice que un sector tiene ventajas comparativas cuando su productividad –cantidad de producto arrojada por trabajador– se compara favorablemente con las economías extranjeras o presenta frente a éstas las menores desventajas de productividad dentro de la gama de las actividades nacionales. Los ideólogos neoliberales, siguiendo las teorías más ortodoxas de la economía del comercio internacional, sostenían incluso que el sector agrícola iba a ser el más favorecido por la apertura. Hacían abstracción de un detalle: que los productos agrícolas son objeto

de cuantiosos subsidios estatales en el mundo desarrollado, lo que permite que sean ofrecidos a precios inferiores a los que determinaría el libre juego del mercado. En este punto, los países ricos se olvidan del mercado libre y sus virtudes. Gracias a los subsidios otorgados a sus producciones primarias, los países más avanzados defienden sus mercados internos y pueden invadir los mercados de los países retrasados, que presuntamente tendrían ventajas comparativas en tales producciones. En los tres primeros años de apertura en Colombia, el área agrícola de cultivos transitorios bajó el 17% y el ingreso de los trabajadores del campo el 15%. Los únicos que se libraron de una competencia extranjera ruinosa fueron los cultivos que gozan de protección natural, como la yuca, el ñame y la arracacha. En general, la agricultura colombiana resultó seriamente lesionada. Hubo en la economía agraria un desplazamiento estructural hacia los productos de alto contenido importado y difícil comercialización externa, o sea que los renglones estimulados en el área agrícola contribuyeron, ellas también, a agravar el déficit de comercio exterior ya que eran más las importaciones que requerían que las exportaciones que generaban. Entre 1991 y 1995, dentro del comercio exterior agropecuario las importaciones casi se multiplicaron por tres mientras que el monto de las exportaciones permaneció prácticamente igual.

El bajo nivel de precios de los bienes agrícolas importados, permitido, de un lado, por los subsidios recibidos en su país de origen y, de otro lado, por la reducción de aranceles y por la revaluación de la moneda nacional, representó una competencia ruinosa para los cultivos transitorios e indujo un desplazamiento de las actividades agrícolas hacia los cultivos permanentes, estos últimos con serias limitaciones de demanda. La reducción de ingresos que sufrió el sector agrícola se tradujo en una fuerte caída de los salarios —éstos bajaron el 15% entre 1991 y 1994.

La liberalización financiera

La liberalización financiera fue presentada por los reformadores como una manera de aumentar el ahorro y emplearlo de la manera más eficiente, pero los resultados fueron muy distintos. La desregulación de este sector, iniciada desde mediados de los ochenta, condujo al desvío masivo del ahorro hacia el consumo, vale decir, provocó la reducción del ahorro nacional. En relación con el total de la producción, el ahorro cayó del 21% al 14% en los primeros cinco años de apertura. La reducción de la oferta de capitales elevó la tasa de interés, con lo que aumentaron las rentas de los capitalistas

y se ensanchó la brecha entre éstos y los asalariados. En todas partes, la liberalización financiera ha tenido el efecto de reducir la parte del producto nacional que obtienen los trabajadores y de incrementar correlativamente la parte que se apropian los dueños del capital.

Antes, en Colombia, el ahorro era impuesto de manera forzosa: había diques al consumo, las importaciones eran limitadas por cupos y aranceles, los bancos y las corporaciones financieras estaban sometidos a ahorros obligatorios y existían regulaciones que orientaban esos ahorros hacia la inversión productiva. En pocas palabras, había un esquema intervencionista que limitaba el consumo y orientaba los capitales hacia la inversión. La profundización de la libertad financiera a principios de los noventa cambió ese esquema y provocó el desborde de los consumos.

La inversión del modelo

En el fondo, la apertura no fue más que una entrada masiva de importaciones que sustituyó los bienes de consumo, los productos intermedios y las materias primas de producción nacional. O sea, la apertura lo que hizo fue invertir, con efectos regresivos, el modelo que había presidido el desarrollo colombiano en las décadas anteriores. El viejo modelo sustituía importaciones por productos nacionales, generando desarrollo; el modelo neoliberal sustituyó la producción nacional por importaciones, destruyendo industrias y cultivos.

Como los aumentos de productividad propiciados por la apertura se fundaban en el uso de medios de productos importados, la competitividad del país en los mercados internacionales no fue mejorada por esos aumentos. Así, contra los pronósticos de los reformadores, las exportaciones quedaron muy a la zaga de las importaciones. La posibilidad de aumentar las exportaciones para cerrar la brecha del déficit y evitar los riesgos del endeudamiento creciente pasó a depender de la devaluación y de la reducción del salario real.

Empleo

La orientación del aparato productivo hacia los sectores de alto componente importado, que incorporan mucho trabajo extranjero y poco trabajo nacional, y la desatención correlativa de la industria y la agricultura afectaron negativamente el empleo. En los años florecientes de la apertura colombiana

–1991-1995– no se generó un solo puesto de trabajo en la industria. Ya en 1996, mientras la producción crecía a un ritmo del 4% y las importaciones de materias primas aumentaban el 35%, el empleo descendió 2.5%. Esas cifras constituyen la mejor radiografía de los logros aperturistas. Nos encontramos aquí ante un tipo de aumento de la productividad que ocasiona desempleo.

Mientras el empleo en las siete principales ciudades del país crecía anualmente un 5% antes de la reforma, ese porcentaje bajó a la mitad en los primeros años de ésta. En el campo, el retroceso fue mucho más acentuado. La diferencia se explica porque la construcción y los servicios, que son áreas intensivas en mano de obra, no sufrieron la competencia extranjera. Pero si las mencionadas actividades escaparon al impacto directo de la apertura, ya en 1995 empezaron a acusar el efecto de los daños sufridos por el conjunto de la economía. En ese año la construcción privada descendió y los servicios crecieron a un ritmo que era la mitad del registrado en los años anteriores. La creación de nuevos puestos de trabajo pasó de 2.5% a 1%. Como el crecimiento de la población urbana es de 2.7%, la economía quedó expuesta a un aumento del desempleo de dos puntos porcentuales por año. En la hora del ajuste, cuando sea preciso reducir el gasto para adecuarlo al monto de lo producido, esas cifras negativas no harán más que empeorar.

LA APERTURA EN AMÉRICA LATINA

En América Latina, las reformas neoliberales siguieron el mismo patrón. Se liberaron las importaciones y se redujeron fuertemente los aranceles. Se instauró la libertad de capitales y se desregularon las actividades financieras. Los resultados fueron los mismos en todas partes. En el renglón de los sectores que producen bienes que son objeto de transacciones internacionales, la afluencia de importaciones de bajo precio llevó a la rápida sustitución de la producción nacional por la extranjera. La industria y la agricultura se lentificaron; si crecían, era a un ritmo inferior al del producto nacional. En el otro renglón, el de los sectores que producen para el mercado interno –como la construcción y los servicios–, al comienzo se presentaron avances. Y también en todas partes crecieron las industrias intensivas en materias primas importadas, cuya incapacidad de impulsar el crecimiento ya hemos señalado.

En Venezuela, México, Argentina y Colombia, el monto del ingreso disponible, aumentado por la entrada de capitales, fue mayor que el valor

de la producción nacional, diferencia que correspondía al exceso de las importaciones sobre las exportaciones: a la producción interna disponible para el gasto se sumaba la parte de las importaciones no compensada por las exportaciones. El exceso del gasto sobre el producto, que era la traducción en lo interno del déficit comercial, conllevaba un alto consumo de bienes extranjeros, pero también alimentó la inversión. En los países mencionados, la cuarta parte de toda la inversión fue cubierta por capitales extranjeros. En los casos de Argentina y México esa proporción fue mayor, llegando casi al 40%. Las nuevas inversiones tenían que ser hechas con fondos extranjeros dado que los países, por los elevados gastos en consumo, estaban sufriendo un severo proceso de descapitalización.

La corrección del desajuste

El crecimiento financiado con fondos extranjeros, en condiciones que socavan los pilares de una producción propiamente nacional, lejos de aportar recursos para amortizar la deuda, ha sido un importante factor de endeudamiento.

Los economistas y políticos seguidores del Consenso de Washington creyeron que era posible prolongar indefinidamente el déficit comercial y los aumentos de inversión financiados con recursos externos. O sea, dieron por cierto que las economías liberalizadas podían seguir endeudándose para pagar los intereses de la deuda y posponer indefinidamente su amortización. Que esto era una ilusión peligrosa se hizo por primera vez evidente con ocasión de la crisis de México en 1994-95, cuando este país, gracias a un enorme rescate orquestado por Clinton, fue salvado de un hundimiento como el que iba a sufrir cinco años más tarde Argentina. La corrección del doble desajuste –el del comercio exterior y el del exceso del gasto sobre el producto– aparecía después de esa advertencia como una tarea inaplazable, tanto más cuanto que las operaciones de salvamento eran miradas con simpatía decreciente por los grandes organismos financieros internacionales.

En Venezuela, como en México, el déficit comercial no pudo sostenerse por mucho tiempo. Su corrección determinó una caída de la demanda y una moderación de las importaciones. Colombia, que empezó más tarde la apertura, en sólo cuatro años iba a agotar la fase ascendente. De las vías de ajuste señaladas atrás –la depresión y la devaluación–, ya en 1995 adoptó la primera, la contraccionista. Se aplicó una severa restricción monetaria tendiente a frenar el gasto y ponerlo por debajo del producto interno. La restricción del gasto ocasionó la caída de los índices de la construcción, el

comercio y la industria, índices que ya a fines de dicho año eran negativos. Un poco después Colombia iba a acudir también a la otra vía: de 1998 en adelante se aplicó una agresiva política devaluacionista que en corto tiempo multiplicó casi por tres la cotización del dólar.

Crecimiento y desempleo

Los reformadores pronosticaban que la apertura permitiría una tasa de crecimiento de 5%, pero esto ni siquiera se logró en los años prósperos del modelo. Muy pronto pasaron esos buenos tiempos, y entonces las economías empezaron a marchar a un ritmo que era la mitad del registrado en los años sesenta y setenta, cuando existían las reglamentaciones proteccionistas y las regulaciones financieras tan denostadas por los neoliberales. La ralentización, como hemos dicho y repetido, fue especialmente acentuada en las actividades que más incorporan trabajo nacional: la industria y la agricultura. En Chile, país que es presentado como el más favorecido por la liberalización económica, la desocupación superaba el 25% a mediados de los noventa. A esa altura de la década, la caída era ya general y manifiesta: en 1994 la región creció 4.6%, y el año siguiente sólo 0.6%.

Perspectivas de corrección

El drama de la apertura en economías rezagadas que no han pasado por un proceso previo de preparación es que de entrada se destruyen las principales fuentes de crecimiento a largo plazo. El daño hecho a las actividades que generan más empleo y agregan más valor configura una estructura industrial que no se presta para absorber tecnología ni para generar aprendizajes que se propaguen al resto de la economía. Esa estructura no favorece el empleo calificado. La apertura sólo deja espacio para el ensamble de piezas importadas y, en general, para los procesos productivos más simples. Se atenta así contra el avance tecnológico y contra la inversión productiva, que son los verdaderos motores del crecimiento a largo plazo.

La corrección de la mala asignación de recursos provocada por la apertura tomará varios años. En algún momento, habrá que implantar algún tipo de protección para la producción nacional de materias primas y bienes intermedios, de manera que la economía se oriente hacia los sectores de mayor empleo y valor agregado. La liberación comercial deberá restringirse a los sectores que han sido preparados para ello. Deberá adoptarse una política

industrial que busque compensar las desventajas frente a los países que han alcanzado un alto nivel de desarrollo, máxime cuando estos países acuden a prácticas proteccionistas. Un modelo que corrija la apertura neoliberal –abrupta, indiscriminada, unilateral– debe procurar la elevación de la tasa de ahorro y adoptar medidas que orienten selectivamente el crédito hacia la industria y la agricultura, más en general hacia los sectores que son capaces de liderar el crecimiento.

CONSIDERACIONES ADICIONALES

Función de la demanda en el comercio internacional

La economía clásica, basándose en el principio de las ventajas comparativas, promete beneficios para todos los países que participen en un comercio internacional liberalizado. Este principio constituye una simplificación excesiva de las condiciones del comercio internacional. Dados los desiguales niveles de desarrollo y las diferencias de productividad concomitantes, las economías atrasadas buscan participar en ese comercio con las actividades donde tienen ventajas de productividad –como las mineras– o donde sus desventajas con respecto a los países desarrollados son menores –como muchos renglones agrícolas. Pero si todos los países tercermundistas optan por actividades basadas en recursos naturales o que implican menores exigencias tecnológicas, cabe esperar que la oferta de los productos respectivos en los mercados internacionales exceda la demanda. Los países no pueden exportar ilimitadamente a precios internacionales estables. Las limitaciones de demanda frente a una oferta en expansión determinan precios declinantes que pueden llegar a niveles ruinosos (tal el caso del café). El bajo nivel de precios en los mercados internacionales, determinado por las limitaciones de demanda, acabará desalentando las producciones primarias de exportación en muchos países. Contrariamente a los principios teóricos del librecomercio formulados por los fundadores de la economía clásica y mantenidos hoy por la economía ortodoxa del comercio internacional, en este campo predominan los factores de demanda sobre los de oferta. Los productos que numerosos países podrían ofrecer con mayor facilidad en función de las ventajas comparativas no son precisamente los más favorecidos en los mercados internacionales. En éstos, por el contrario, llevan ventaja los productos de mayor complejidad tecnológica, que encuentran menos restricciones por el lado de la demanda. Las condiciones de demanda son más determinantes que las ventajas comparativas

en cuanto a decidir qué se produce para los mercados internacionales. Los países que pueden fabricar con mayor eficiencia bienes de tecnología compleja tienen mayores posibilidades de insertarse en el comercio internacional y de hacerlo en una posición de dominio.

Ventajas comparativas geográficas

El comercio internacional beneficia entonces, de manera especial, a los países desarrollados, que están en mejor posición para explotar las economías de escala y que tienen una tradición más larga en el desarrollo de sectores de alto componente tecnológico. Al contrario de lo que predice la teoría de las ventajas comparativas de orden geográfico, el mayor volumen de comercio se realiza entre economías similares, con un alto nivel de desarrollo. La participación de los países pobres en el comercio internacional tiende a disminuir y se reduce a suministrar, a precios declinantes, productos basados en recursos naturales, así como bienes industriales corrientes. Mientras en los países desarrollados las ganancias en productividad y las ventajas comparativas se mueven hacia las actividades más complejas, en los países de menor grado de desarrollo las desventajas en productividad tienen que ser compensadas con salarios bajísimos.

Con las aperturas comerciales abruptas y unilaterales propiciadas por el neoliberalismo, las posibilidades de una mayor inserción de los países pobres en el comercio internacional “globalizador” dependen estrechamente de la pauperización de los trabajadores.

Las privatizaciones

Los resultados de las reformas liberales tampoco han sido buenos en el frente de las privatizaciones. Por lo general, la venta de empresas oficiales resulta en una elevación momentánea de los ingresos fiscales que sólo sirve para aumentar el gasto público. En Colombia, las principales privatizaciones recayeron sobre los bancos que habían sido nacionalizados durante la crisis financiera de 1983. En principio, no se puede afirmar que el sector privado administre mejor los bancos que el gobierno, aunque la experiencia en otros países parece apoyar esa eventualidad.

Pero el aspecto más controversial de las privatizaciones en el sector financiero fue la forma en que se hicieron las transferencias. Existen evidencias de que las entidades fueron vendidas a precios inferiores a su valor de mercado.

Tan cierto es ello que, en el caso del Banco de Colombia, el precio de venta de las acciones se duplicó tan pronto salieron a la bolsa.

La política de privatizaciones ha sido justificada en toda América Latina con el argumento de que el sector privado garantiza una mayor eficiencia. Esto es muy dudoso en lo tocante a las empresas de servicios públicos, que gozan generalmente de una posición de monopolio. Los administradores privados tienden a satisfacer la demanda de los grupos sociales de altos ingresos y, a diferencia de lo que hace el Estado cuando maneja estos servicios, no están dispuestos a subsidiar a los grupos más pobres, que no pueden sufragar los gastos. Esto ocurre claramente en el sector de energía. Como la población pobre es muy amplia en los países en desarrollo, el traspaso de los servicios al sector privado trae consigo una fuerte restricción del cubrimiento.

Liberación comercial y salario real

Como la teoría de las ventajas comparativas no refleja las condiciones reales del comercio internacional, la liberalización comercial no favoreció en ningún campo a las economías en desarrollo que fueron reformadas. Las actividades relativamente más complejas, como la industria manufacturera, tienen grandes desventajas de productividad frente a las economías desarrolladas, de donde se deriva el grave daño sufrido por la industria con el desmonte arancelario. La agricultura y, en general, las actividades poco complejas, gozan en principio de ventajas comparativas, vale decir, presentan ante las economías desarrolladas menos desventajas que otros sectores nacionales, pero esas ventajas de principio fueron anuladas en la práctica porque, a raíz de las reformas, amplias zonas del mundo subdesarrollado reforzaron esas actividades, y así sus productos resultaron rápidamente sobreofrecidos en los mercados internacionales y castigados por lo tanto en sus precios. En poco tiempo, las actividades menos complejas se vieron también perjudicadas por la libertad de comercio.

En América Latina, los ensayos aperturistas —en especial la tendencia a desmontar la protección— se iniciaron a finales de los setenta. Las condiciones de los ochenta —el peso de la deuda extranjera— obligaron a dar marcha atrás en esos ensayos, pero éstos fueron acelerados hacia 1990 con la aplicación generalizada de las recetas del Consenso de Washington. En el conjunto de los países de la subregión, la producción interna bruta por habitante creció por encima del salario real, lo que significa que los trabajadores obtuvieron una porción menor del producto, y los capitalistas, correlativamente, una

porción mayor. La ampliación de la brecha social, o sea la menor participación del trabajo en el producto nacional, ha sido en todas partes el resultado del liberalismo económico.

Empleo

En la época moderna, el cambio tecnológico le ha restado importancia al empleo, con el consiguiente debilitamiento del sector laboral. Tanto en Estados Unidos como en Europa, los aumentos de la producción por trabajador han redundado en desempleo, ello contra las predicciones de la ley de Say. Esta ley económica afirma que la mayor productividad determina ampliaciones del ingreso y de la demanda, ampliaciones que permiten expandir el conjunto del aparato productivo, incluido el empleo. Pero la realidad suele no seguir los lineamientos de la teoría, mejor dicho, suele no mostrar los efectos esperados por quienes aplican sin más las generalizaciones teóricas al mundo de los fenómenos concretos. Los avances tecnológicos no traen necesariamente consigo la ampliación de la producción, sino que a menudo se manifiestan en desempleo. Sólo cuando las ganancias en productividad se dan en sectores que gozan de excesos de demanda, la producción de esos sectores aumenta y ocasiona una ampliación general de la demanda y el empleo. Los sectores más aptos para absorber tecnología y elevar la productividad son la industria y la agricultura, cuya demanda, en el mundo actual, no se expande al mismo ritmo que puede hacerlo la producción. En estos sectores se puede mantener e incluso aumentar la cantidad producida utilizando menos trabajadores. En Europa el aumento del producto por trabajador no ha ocasionado una expansión paralela del producto global, razón por la cual se ha frenado el enganche de nuevos trabajadores. Las tasas de desempleo superan allí el 10%. En Estados Unidos, donde el trabajo está menos protegido, el avance técnico y las ganancias en productividad han desplazado la mano de obra hacia sectores bajamente calificados y remunerados, como los servicios. Ello ha significado la reducción del salario real para la amplia masa de los trabajadores no especializados.

El problema social del desempleo

Las características del orden capitalista mundial hacen que la tecnología reduzca ora el empleo, ora el salario, ora ambos. La expansión natural de la fuerza de trabajo viene a engrosar las filas del desempleo. Estos contingen-

tes de desocupado quedan al margen del organismo social y adquieren de cierta manera el carácter de desechables. Algunos países tratan de resolver el problema del paro recurriendo a entidades artificiosas, pagadas con fondos públicos. En Alemania, por ejemplo, ese recurso ha adquirido un giro surrealista: una porción importante de la fuerza de trabajo, que ha perdido sus empleos, se ocupa hoy en entidades que ayudan a los desocupados a conseguir empleo (!). También las sociedades ricas pueden darse el lujo de socorrer a este subproletariado con redes de seguridad social y diversos tipos de subsidios y subvenciones –que no dejan de dar lugar a toda una picaresca de desvíos y aprovechamientos.

Empleo, industria y neoliberalismo

Existe un fuerte vínculo entre la expansión de la industria y el aumento del empleo. Esto lo saben bien los países desarrollados. Después de que éstos propiciaron en el pasado su desarrollo industrial con políticas proteccionistas –las mismas que los neoliberales condenan hoy en los países en desarrollo–, la industria ha dejado de ser el motor de la economía, lo que se refleja en el estancamiento del empleo industrial. Para superar los obstáculos que encuentra la industria por el lado de la demanda, los países del Primer Mundo, entre otros arbitrios, impusieron a los países en desarrollo la apertura comercial, como elemento central del paquete de medidas neoliberales diseñadas en Washington. La eliminación de la protección en las áreas atrasadas acuerda a los países desarrollados una clara ventaja en las actividades industriales, que se benefician de economías de escala y tienen elevados requerimientos tecnológicos. La liberalización comercial iba a permitir que los países avanzados aumentaran la demanda para sus bienes industriales, mientras que los países pobres –que sacrificaban sus industrias con la apertura– eran llamados a especializarse en productos primarios de bajas exigencias tecnológicas. Este proceso de especialización, poco halagador en términos de progreso para los países en desarrollo, no va sin problemas ya que es entrabado por la protección que los países ricos brindan a sus producciones primarias. De esta manera, el desempleo, que amenaza a los países desarrollados, es trasladado a los países en desarrollo. Con la libertad de comercio, las posibilidades del empleo en los países retrasados se reducen a los servicios, a la construcción y en general a las actividades más rudimentarias, que utilizan en menor medida el conocimiento. Ello tiene efectos nefastos para el desarrollo tecnológico y para la formación de una

mano de obra calificada. En Colombia, el empleo industrial se estancó en los primeros cuatro años de apertura, como se dijo, y ya en 1996 evolucionaba a un ritmo negativo de 2.5%. Aumentos de productividad que se acompañen de una expansión del empleo sólo podrían conseguirse estimulando las actividades que gocen de demanda, o sea aquellas que sustituyen importaciones o que tienen posibilidades de exportar.

Comentario histórico sobre el trabajo

El trabajo fue considerado en otros tiempos como el factor de producción máspreciado. Ricardianos y marxistas coincidían en decir que el valor de los bienes dependía de la mano de obra empleada en su producción. Los salarios representaban una parte del valor creado por el trabajo, mientras que los ingresos de los factores como el capital y la tierra eran puras rentas —en marxismo, rentas de cierta manera parasitarias porque se sustraen del valor creado exclusivamente por el trabajo. Sea lo que fuere, el actual desarrollo del capitalismo ha colocado el trabajo en un segundo plano, hasta el punto de que en los países más importantes se considera que la desocupación no tiene mayores costos económicos. En Europa existe un alto nivel de desocupación, que es mitigada por las compensaciones de la seguridad social. En Estados Unidos la remuneración del trabajo como proporción del producto ha descendido en los últimos veinte años; entre los trabajadores menos calificados, el salario real se ha reducido.

Propuestas en favor del trabajo

Habría que crear condiciones para conciliar el empleo con los progresos en productividad, de manera que el avance tecnológico no desplace a los trabajadores. En el caso colombiano, esto podría lograrse con un marco institucional que propicie las exportaciones y la sustitución de importaciones, de manera que el desarrollo se oriente hacia los sectores de alto valor agregado, es decir, aquellos que incorporan más trabajo nacional. Las exportaciones, en especial, están directamente relacionadas con la productividad. Los países avanzados que han logrado mayores aumentos de productividad, como Japón, Francia e Italia, son los que más han expandido las exportaciones. A este propósito, existen ciertamente controversias sobre el orden de causalidad, pero la relación es evidente. En Colombia, de favorecerse los sectores de mayor valor agregado, las importaciones pasarían a desempeñar un papel

complementario en relación con la producción y el empleo domésticos, en lugar de desplazarlos. Sería necesario, asimismo, hacer un gran esfuerzo de capacitación de la mano de obra en las empresas, a fin de adaptarla a los avances de la tecnología y crear las condiciones para que los aprendizajes se difundan en el conjunto de la economía. Se requiere, finalmente, un sector financiero que, a través de regulaciones, eleve el ahorro y dirija el crédito hacia las actividades más progresivas. ☞